

monía con sus recursos de simple capitán de caballería; pero el deficiente lo cubría con planes y salidas de lo más superior á lo que se pueden inventar.

En cierta ocasión, la propietaria del hotel en que vivía, que era una hermosa francesa, en vista del recargo de su deuda le urgía para el pago; Schiafino para eludirlo, ideó declararse rendido amante de la patrona, y ni Macías, ni Abelardo, ni D. Juan Tenorio ni nadie, tuvo jamás lenguaje más sentido ni rasgos más apasionados que nuestro héroe.

Parecía dulcificarse la Dulcinea; se cruzaron miradas eléctricas y distinciones delicadas. Al fin logró mi amigo una entrevista misteriosa. . . . Silenciosa noche de luna. . . palpitaciones de corazón. La beldad, aparece circundada de luz. . . . el capitán se lanza en sus brazos, diciéndole ¡yo te amo! . . . Ella retrocede trémula, y tendiéndole la mano, le dijo con voz solemne. . . Oye tú Chaffn. . . ¡siempre me pagas! . . . y me pagas mi dinero, con lo que se desvaneció.

Lo singular de todo esto, es que muchas anécdotas eran verdaderas, otras no, sino creadas para hacer agradable su presencia en muchas reuniones.

Me he detenido tanto en la fotografía de este caballero, porque era un tipo del calavera de la época; alegre, manirroto, valiente, enamorado, caritativo y generoso, sin que el positivismo del tomín le degradase, sin que la aspiración política le pervirtiese, ni el *lacayismo* que le desarrolló después, entrase en los cálculos de su fortuna.

Sin los apuros pecuniarios en los ardidés ingeniosos para cubrirlos entre esos calaveras de buen tono, no el ternerón ni los otros calificados por Figaro, se contaban á Miguel Badillo, todo jovialidad, consecuencia y chispa; á Pepe Alvarez, oficial correctísimo y de figura distinguida, á Agustín del Río, franco, caritativo y protagonista en empresas inverosímiles, á Alejo Barreiro, movedizo de ardiente imaginación y estuche de cuentos y gracias; á Fernando Urriza tartamudo y especialidad para remedar á todos los grandes tenores y á otros muchos que daban colorido y como que caracterizaban la época con sus perfiles de tunantes.

Los calaveras de alto vuelo giraban en esferas menos inocentes, y de ellos se contaban anécdotas características de la preponderancia militar; del desconocimiento de toda ley; de esa lógica peculiar del soldado que formuló el axioma de «Cartucheras al cañón.»

Pancho Ribeau, Angel Lascuráin, Miñón, Mauliá, Diego Correa, etc., eran otros tipos que podían dar idea de aquella sociedad.

De los dos primeros personajes, uno, capitán de marina, otro, comerciante rico de Veracruz, se contaba que el segundo de estos señores vino á México, precedido de gran fama, y encontróse con Ribeau en el café de Veroly:

—¿Ud. es el loco Lascuráin?

Lascuráin hizo buche con el chocolate que estaba tomando, y arrojándolo á la pechera de la camisa del capitán, le respondió:

—El mismo, servidor de Ud.

Ribeau quedó contentísimo de su nuevo conocimiento é invitó á Lascuráin á un paseo en quitrín. Llegóse el día; el quitrín tenía un caballo fogosísimo; salieron fuera de garita, y en una de las calzadas, quitó cabezadas y riendas al caballo, y comenzó á azotarlo con furia, hasta caer con el quitrín hecho pedazos. Ribeau tenía abrazado á Lascuráin, diciéndole: quería que nos diésemos, después de esta prueba, un abrazo de amigos.

Pasaron algunos días; fué Ribeau á Veracruz; Lascuráin, que era muy conocedor del mar, presintió un norte. Convidó á Ribeau á un paseo en bote. Era un cayuco que se bamboleaba como un ebrio. Lascuráin se hizo mar afuera. . . . estalló el norte . . . el peligro era inminente. . . .

—¿Qué hace Ud., Angel?

—Estoy celebrando con este bailecito nuestro abrazo de amigos.

En efecto, Lascuráin y Ribeau fueron en lo futuro, Pilades y Orestes.

Las condiciones peculiares en que se encontraba nuestra sociedad, unidas á la tradición colonial, hacían que siempre que se centraba el poder, la vida entera se refugiaba en México, fuente de empleos y favores, manantial de negocios, lugar de diversiones y de modas, punto de cita de los ricos de todas partes y repertorio en que la civilización exponía sus adelantos y tesoros.

La corte de Santa-Anna tenía ese brillo, y aunque en los departamentos reinaban el descontento y la mi-

seria, alrededor del dictador se multiplicaban los bailes; eran cuotidianos los banquetes, y las reuniones en San Angel, casa de la Sra. Vallejos, podían figurar entre lo mejor y más escogido que había visto México.

Por supuesto, que todo se calculaba y amoldaba á los gustos del árbitro de los destinos del país.

Donde podía presentar un cuadro, en que en una rápida ojeada se diera á conocer México, era en la Pascua de Espíritu Santo, en que se verificaban las fiestas de San Agustín de las Cuevas.

Grandes funciones de iglesia con repiques, cohetes, chirimías y cámaras.

Fondas, neverías, hospedajes y tiendas por todas partes; carcamanes y ruletas, bisbís y bolitas de colores. . . . juegos en todas sus multiplicadas combinaciones y trampas. Banderas en las pulquerías y cantinas; tiras de heno de azotea á azotea, con anuncios de todas clases.

En las afueras de la población, y bajo los árboles ó entre los jacales, asnos, caballos, coches, bombé y carretones con toldo, conductores de gente retozona y de la vida airada.

Y todo lo que se percibe en las banquetas y en medio de la calle, está cercado, inundado y como nadando en un mar de gente vestida de todos los colores; calzoneras, levitones, sombreros tendidos, sombreros acanalados de clérigos; redondos de algunos frailes y de petate del pópulo bárbaro.

Había partidas ó montes como el del Hospicio, que

ostentaba como una gran plancha de oro los montones de onzas, y tenía un fondo de cien mil pesos.

El salón de la partida daba á un verjel delicioso, lleno de frondosos árboles frutales y flores exquisitas, circundado de fuentes de aguas cristalinas y juegos hidráulicos encantadores.

Bajo los árboles se veían mesas con licores y refrescos, y en el senador del fondo se servían constantemente almuerzos y comidas magníficas, chocolates, café, dulces y cuanto se antojaba al apetito de los opulentos tahures.

La gala consistía en arriesgar sumas enormes á un albur, viendo la pérdida con marcada indiferencia.

Así se contaba de Manuelito Rodríguez, (?) que con el producto de la venta de unas tijeras, ganó en una Pascua doscientos mil pesos, jugando á la dobla; de D. Matías Royuela, se decía, que una vez conversando, conversando, puso un albur de veinte mil pesos, y cuando se le anunció la pérdida no interrumpió un momento la relación interesante con que entretenía á sus amigos.

Lo más granado de la sociedad, lo eminente en el foro y en la Iglesia, en los destinos públicos y en el comercio, se entregaba al culto de Birján.

Los curas de almas, con todo y prole, rodeaban la carpeta verde, lo mismo que el padre de familia y el comerciante celoso de su crédito.

Había hacendado que se condenaba á privaciones todo el año para darse el gusto de perder cuarenta ó cincuenta mil pesos en la Pascua de San Agustín.

El centro de esta orgía era la plaza, en que el grande edificio contenía nevería, fonda, partidas públicas y reservadas, y en el fondo, la gran plaza de gallos, en cuyas peleas se aventuraban cuantiosas sumas.

Santa-Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licenciatura.

Era de verlo en la partida, rodeado de los potentados del agio, *dibujando* el albur, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun de oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba á Birján en sus torearías.

En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desaforados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque.

Allí presidía Santa-Anna, diciendo que proclamasen la chica ó la grande, cuidando que estuvieran listos los mochilleros y de que saliera vistosa la campaña de moros y cristianos.

Conocía al gallo tlacotalpeño y al de San Antonio el Pelón ó Tequixquiápam, daba reglas para la pelea de pico, y revisaba la *botana* para que estuviesen en orden las navajas de pelea.

Había momentos en que cantor de gallos, músicas, palmadas y desvergüenzas se cruzaban, en que los borrachines con el gallo bajo el brazo, acudían al Jefe

supremo, y éste reía y estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia.

A la caída de la tarde, en caudalosas corrientes se desprendía la gente, brotando del centro de callejones y vericuetos llenos de árboles y flores, y se dirigía al Calvario ó las Fuentes, á pie, á caballo, en carros ó carruajes elegantes.

El Calvario es una cuenca de verdura, dominada por una pequeña colina, con su capilla pintoresca.

Las Fuentes las forman la gradería de las extensas lomas de Sur y Occidente que forman casi anfiteatro magnífico que ciñe un prado extenso y risueño rodeado de huertas, de chozas de labradores y de casitas que blanquean entre las enredaderas, las *uñas de gato* y los cortinajes de *manto de la Virgen*.

En la gradería se instalaba el pueblo alegre, que amenizaban muchachos y vendimias en son campestre.

A la orilla de llanura tendiase elegante sillería con lugares de distinción. En una altura conveniente estaba la música.

Las grandes damas, los jóvenes garridos, los heraldos del buen tono y la moda, rompían el baile sobre el verde césped . . . y aquello era delicioso . . . Mientras cuadrillas, galopas, etc., formaban remolinos de seda y encajes, á la orilla del llano se convenían carreras saltan y travesan los muchachos y se ajustan partidos que nada tienen que ver con las partidas.

En la noche era el gran baile en la plaza de gallos.

Las sombras comunicaban proporciones colosales

á la orgía y servían de disfraz á la desvergüenza y al desenfreno.

Rimas, cantos, amor callejero, embriaguez repugnante . . . y más en la sombra el dependiente de la casa de comercio que había jugado el dinero del amo, el padre de familia que había perdido el pan y la honra de su familia, y gente *non santa* que esperaban de la estafa y el robo la reparación de sus fortunas.

Mientras el pueblo se solazaba, y en torno del héroe todo era holgorio, aunque muy en voz baja la maledicencia llamaba *quince uñas* al César, aludiendo á su amor al dinero; en las Cámaras se organizaba como desapercibida una oposición decidida y concienzuda, reivindicadora del derecho y del honor que al fin sirvió de mucho á los buenos patriotas hasta producir la revolución gloriosa del 6 de Diciembre.

Por aquel tiempo se ordenó y llevó á cabo la demolición del Parián, grande cuadrado que ocupaba toda la extensión que hoy ocupa el zócalo, con cuatro grandes puertas, una á cada uno de los vientos, y en las caras exteriores, puertas de casas ó tiendas de comercio. En el interior había callejuelas y cajones como en el exterior, y alacenas de calzados, avíos de sastre, peltería, etc.

En un tiempo los parianistas constituían la flor y la nata de la sociedad mercantil de México, y amos y de-

pendientes daban el tono de la riqueza, de la influencia y de las finas maneras de la gente culta.

La parte del edificio que veía al palacio la ocupaban cajones de fierros, en que se vendían chapas y llaves, coas y rejas de arado, parrillas y tubos, sin que dejaran de exponerse balas y municiones de todos calibres, y campanas de todos tamaños. Una de estas tiendas, la de mayor nombradía, era la de los *chatos Flores*, D. Joaquín y D. Estanislao, ricos capitalistas, con fundiciones de cobre, haciendas, y qué sé yo cuántas propiedades.

Al frente de Catedral había grandes relojerías, á las que daba el tono D. Honorato Riaño, personaje singular del que se contaban mil curiosas anécdotas, y persona tenida en mucho entre los pintores de la época.

La contraesquina de la 1ª calle de Plateros y frente del portal, la ocupaba la gran sedería del Sr. Rico, en que se encontraban los encajes de Flandes, los rasos de China, los canelones y terciopelos, y lo más rico en telas y primores que traía la nao de China.

A poca distancia del Sr. Rico se veía la gran tiradería de oro de D. José Núñez Morquecho, compañero de mi padre grande el Sr. D. Pedro Prieto, quienes mantenían cuantioso comercio con Filipinas y el Japón, haciendo envíos de cientos de miles de pesos en galones, canutillo, hilo de oro, flecos, rieles, etc.

Viendo á la Diputación, se hallaban, los cajones de ropa de los Sres. Mecas, las rebocerías de Romero y Mendoza, y la gran mercería de D. Vicente Valdez, cu-

ya sucursal de la calle de la Monterilla, hacía cuantiosísimas realizaciones.

En el interior, principalmente, los cajones de ropa eran de españoles, como los Sres. Izita, Iturriaga, y no recuerdo quiénes más.

Aquella reunión de comerciantes tenían costumbres casi conventuales: el dependiente acudía con las llaves que guardaba en un bolsón de badana, vivía con sus amos, y su primera asignación era de ocho pesos mensuales, comía en la casa del amo, rezaba el rosario á la oración y se retiraba al entresuelo á conciliar el sueño.

No se le permitía al dependiente fumar, ni que le visitaran amigos, ni recargarse de codos en el mostrador... ni que se separase de su puesto...

Yo tenía muchos recuerdos del Parián, sobre todo los referentes al saqueo, y desde esa época, no sólo para mí, sino para muchos, tenía algo de triste el edificio, que sin duda aminoró el pesar, que de otro modo hubiera producido su destrucción.

Entre los parianistas había sobresalientes jugadores de damas, como Riaño y Rico, jugadores de ajedrez, como D. Manuel Rodríguez y Romero, rival de Carington, y jugadores de pelota que se perdían de vista.

El Parián cerrado en la prima noche, en la parte frontera al portal, servía de lugar de tráfico á zapateros y sombrereros de lance ó sea *del Brazo fuerte*; y allí, borceguíes y zapatones se medían, teniendo por tapete las frescas losas de la banquetta y auxiliando el

semi vivo becerro del artefacto, con pedazos de papel ó grasa, para la fácil internación del pie.

A las ocho de la noche variaba la decoración.

Las puertas de los cajones del Portal de Mercaderes y las alacenas se cerraban, y en los quicios de las puertas tomaban asiento caballeros, señoritas y señoras, á ver pasar la concurrencia.

Los solterones comodinos se encaramaban en la parte saliente de las alacenas cerradas, cercándolos de pie los tertulianos, porque cada agrupación era una tertulia. La acera del Parián del frente, era el complemento del paseo, sin mas diferencia, sino que los quicios de las puertas eran para gente de baja ralea, entre la que se contaban las hijas vagabundas de la noche.

En el Portal de las Flores se vendían chorizos, pollo, fiambre, donoso, pasteles y empanadas, y otras olorosas meriendas; allí, en los quicios, y en amplios petates, se servían los manjares á la parte de la concurrencia más despreocupada, refugiándose, para las comilonas, la gente decente, en la parte del Parián que ve al Sur.

Todo este cuadro nocturno estaba pésimamente alumbrado por faroles alimentados con aceite, rompiendo, de trecho en trecho, las sombras, haces de aceite ó trastos de barro en grosero tripié, alumbrando la desaforada cara del proclamador de la mercancía, que gritaba con todos sus pulmones:

A cenar! á cenar
Pastelitos y empanadas;
Pasen, pasen á cenar!

Aunque en el horizonte político se agrupaban día por día las negras nubes de la revolución, en la corte se veían los sucesos con luz color de rosa, y los que no teníamos importancia, la pasábamos lo mejor posible, en esa carrera de empleado en que se frustra del todo aquello de «vivirás con el sudor de tu rostro.»

Uno de los compañeros de oficina, con quien trabé más estrecha amistad, fué D. José Hidalgo y Esnaurrizar, joven de finas maneras y bien aceptado entre la gente de buen tono.

El mérito especial de Pepe Hidalgo, como le llamaban generalmente, era ser sobrino de D. Antonio María Esnaurrizar, Tesorero general de la Nación, personaje de altísimas polendas, severo, erguido, de gran corbata y bastón con borlas, lujoso coche de caballos moros, á quien, por su rigidez y majestad, llamaban los palaciegos virrey embalsamado.

La familia del Sr. Esnaurrizar era muy estimada por su posición y virtudes; Hidalgo, huérfano de padre, era considerado como hijo de la familia, y esto le abrió las puertas de los empleos y excelentes relaciones.

Alto, delgado, barbilampiño, de ojos negros y algo de infantil en la expresión, Pepe era estimable; pero su instrucción en todas líneas era muy mediana, y su talento (si es permitido hacer esos valúos á quien no conoce el género) no pasaba del trabajo de munición con que la naturaleza obra en la gran mayoría de los hijos de Adán.

Las pretensiones de Hidalguito á la nobleza y á los

títulos de sangre azul, no tenían límite y, no obstante ser empleadillo con una dotación mezquina, declaró su Dulcinea, y aun creo pensó enlazarse con la hermosa joven D. O., una de las beldades que tenía en tortura mayor número de apasionados corazones.

Hidalgo era hijo de un honrado militar; pero no sé por qué calumnia, se le suponía favorecido por el barbero que acompañó á México al Virrey Venegas y fué el primero que cultivó en la gran Tenochtitlán el coquete y la patilla, derrotando vergonzosamente la coleta.

La revolución del 6 de Diciembre, aquella que puede llamarse la popular por excelencia, la que partió de los centros más oscuros del populacho y cobró raíces en los más elevados asientos sociales, fué, por decirlo así, preparada, madurada y determinada por Santa-Anna, por un cesarismo á la vez ridículo y sangriento y por ese militarismo estúpido que da á la fuerza bruta preponderancia sobre los derechos sagrados del hombre.

Y lo de notar es, el vaivén y cambio de colores de los hombres que se creían de principios, y si esto dependía en gran parte de suma ignorancia, dependía también de que Santa-Anna, que era un Proteo, tomaba todas las formas y se alistaba á todas las banderías, acompañándose inconsecuente, ya con los hombres de nuestra aristocracia y los fueros, ya con los liberales que proclamaban la igualdad, la tolerancia de cultos y las ideas de Farías, sin comprenderlas á derechas.

La orgía palaciega, el despotismo de los sátrapas, el

robo con la careta del agio, la meretriz, el tahir en la escala y con el colorido que andando los tiempos entregó al escarnio la lira Juveneciana de Offembach; todo determinaron, como hemos indicado, aquella célebre revolución.

Ardía el descontento por todos los ángulos del país, las propias reticencias de la prensa encadenada eran como aceite que sin gran ruido atiza una hoguera. Canalizo, que era el estafermo de Santa-Anna, autorizaba todas las arbitrariedades, hasta la de tomar el mando del Ejército, con atropello de las bases orgánicas, mandar recoger las llaves de las Cámaras y ordenar que se protestase obediencia al úkase de 29 de Noviembre, preliminar del golpe de estado.

La Cámara cobró una actitud resuelta y llena de prestigio, Alas y Llaca acusaron al Sr. Canalizo y á Santa-Anna.

La agitación cundió violentamente, los mismos empleados del Gobierno y los propios soldados, eran propagadores de la revuelta... el poder se arrastraba con convulsiones impotentes, y Santa-Anna, en medio de su embriaguez de suficiencia y de mando, persistía en su desprecio al pueblo y en su confianza absurda en la fuerza.

Los personajes más notables y visibles en aquella revolución, fueron: Pedraza, á quien ya conocemos; Llaca y D. Manuel Alas, Rosa y otros, ya habían preparado admirablemente la operación. El *Siglo XIX* pudo considerarse como el protagonista de este movimiento glorioso.

Llaca era de una familia distinguida de Querétaro, donde hizo sus primeros estudios. Aunque de clarísimo talento, no se hizo notable como estudiante, y sea porque tenía bienes de fortuna ó por otras causas, ejercía la profesión perezosamente, y á pesar de ser joven, se alejaba de la sociedad.

Cuando vino á México nombrado diputado, tendría de treinta y seis á cuarenta años.

Alto, huesoso, de pelo un tanto rojo, pecoso y carilargo, con una patilla rala y de á dedo de ancho, una mirada triste, un conjunto de cansancio y enfermedad.

Generalmente usaba una capa muy larga con su cuello de nutria, y cuando se despojaba de ella para hablar en la tribuna, se señalaba su cuerpo flaco entre los pliegues de su levita negra. Al hablar, llevaba su mano derecha á la boca del estómago y apoyaba la izquierda en la barandilla quedando medio doblado.

Llaca, observado, era mucho más expresivo escuchando ó meditando en silencio, que hablando. Al escuchar, pasaban por sus miradas relámpagos de intensas pasiones como si se pudiera ver desde una altura las olas de lava prontas á desbordarse y azotar todo lo que encontrasen á su paso.

Como tengo dicho, la voz de Llaca era apagada, sin colorido ni inflexion alguna, como si fuera la cubierta de figura humana de otro que hablase por dentro.

Eran de verse los corredores de palacio llenos de militares y de aduladores del poder y de esbirros, las galerías hirviendo en una concurrencia amenazadora, el

salón ó recinto de los diputados, silencioso, con un hombre alto y pálido que parecía rezar y decía:

«Se ha pedido razón de lo ocurrido al señor Ministro de la Guerra; pero es sabido que el señor Ministro (Basadre) ama más la carpeta verde que su cartera; he tratado no ya de hablar de intereses políticos sino del decoro y la vergüenza de ciertos funcionarios; pero bien veo que predicaba en desierto.»

«A poca distancia de nosotros, decía en otra ocasión, en la residencia del Primer Mexicano de la Nación, puede verse como en miniatura lo que es y debe esperarse de la situación actual.»

«A la entrada, mendigos, mutilados, huérfanos y viudas de hombres aumentativos de miseria.»

«En el salón de recepción, ministros extranjeros, hombres emplazados para tratar lo más conveniente á la honra del país, impacientes por hablar al César.»

«Más adentro los ayudantes gurupies de juego, corredores de amor, y ahí se habla cochero, se inventan hasta crímenes á los hombres de oposición, se proyectan palizas á los diputados. . . . Al último, en la pieza más recóndita, la verdadera Corte: tahures, galleros, agiotistas de vil ralea, portadores de obsequios que sirven de anzuelo á grandes negocios y. . . . la mujer pública, declarada viuda de un coronel que jamás existió, y el elérigo que va á pedir su pitanza por sus buenos oficios para con Dios.»

Así hablaba Llaca, impasible, la galería se estremecía, se retorecía, solía estallar frenética en aplausos ó

dieterios. El orador callaba, recobraba su asiento y se envolvía en su capa, extraño de todo punto á lo que pasaba en su alrededor.

Alas, chiquitín, pálido, activísimo y valiente, hablaba y obraba á la vez, buscaba el acuerdo de los hombres de acción, y se ponía á la cabeza de las combinaciones más peligrosas para derribar aquel oprobioso orden de cosas.

Canalizo había amordazado la prensa y mandado cerrar el Congreso; Santa-Anna, al frente del ejército, dictaba órdenes tiránicas, y los más leves accidentes tenían resonancia poderosa al anunciar la aurora del 6 de Diciembre, la gran revolución popular.

A la noticia del pronunciamiento, Canalizo, que era temerario de valor, dió orden para que volase Palacio, orden que no se llevó á cabo, por la eficaz mediación de un jefe del ejército llamado Falcón, que prestó con riesgo de su vida tan eminente servicio.

Las contestaciones se volvieron tumultuosas en el interior de Palacio; en el atrio inmenso de San Francisco se reunían paisanos armados de fusiles, escopetas, pistolas, sables, y se formaban entusiastas en son de guerra; en un zaguán de la calle de San Francisco estaban el General D. Pedro García Conde y el General D. José Joaquín Herrera, Presidente del Consejo.

Las corrientes de gente se engrosaban por momentos hasta hacer desaparecer el suelo, saltar sobre las rejas de las ventanas y columpiarse en los pies de gallo de los faroles del alumbrado.

Semblantes desaforados, ojos de locura, aullidos de fiera, carcajadas de orgía, sombreros de petate y sorbetes agitándose en el aire, cabelleras desgredadas, ruidos indefinibles, todo como que surgía en borbotones entre un bosque movedizo de palos, fusiles, espadas, martillos y no sé cuántas cosas más.

Diputados y senadores seguían luciéndose.

La multitud rabiosa se dirigió al teatro y demolió en un instante la estatua de yeso erigida á Santa-Anna.

Corrió furibunda al Panteón de Santa Paula y con ferocidad salvaje exhumó la pierna de Santa-Anna, jugando con ella y haciéndola su escarnio; giró entonces para la Alameda, y obstinándose el alamedero en no abrir, arrancó de cimientos las puertas de fierro que giraron como las ramas de un árbol caído en un torrente impetuoso.

A la estatua de Santa-Anna que estaba en la Plaza del Volador, la pusieron en tierra, apéandola sin saberse cómo de su alta columna.

Cerca de las cuatro de la tarde, y en medio de aquella imponderable inundación, comenzó el desfile de diputados y senadores de San Francisco para Palacio. La gente que coronaba azoteas y balcones, lo mismo que la que corría por las calles, entre caballos y carruajes, que como que navegaban en un río alborotado, cercaban á los padres de la patria, proclamando sus nombres, agitando en el aire sus sombreros, arrojándoles flores desde las alturas.

—Mira, aquel flaco descolorido, es Llaca.

- ¡Que viva Llaca!
 —Ese que anda medio ladeado ¿quién es?
 —El gran Pedraza.
 —¿Y aquel?
 —D. Luis de la Rosà.
 —¡Que viva el Lic. Alas!

La comitiva llegó á Palacio.—La multitud se esparció en todas direcciones, y un inmenso grupo penetró á la Cámara, donde los diputados tomaron sus asientos, mezclados con los senadores.

El pueblo quiso lanzarse á despedazar un gran cuadro que representaba la rendición de Barradas en Tampico, obra del pintor París, en la que figuraba en primer término el General Santa-Anna.

Llaca se opuso, por tratarse de una gloria nacional, y el pueblo, con una docilidad encantadora, obedeció á Llaca y le siguió lleno de mansedumbre y bondad, como un caballo fogoso al sentir en su cuello la mano del dueño que le acaricia.

En la noche hubo gallos y alegrías, sin que se lamentasen robos, riñas, desórdenes.

Santa-Anna, desde Querétaro, lanzaba anatemas contra los rebeldes, en medio de una lluvia de adhesiones al Gobierno que se establecía en México.

Pedraza, Otero, Cuevas, Morales, prohombres del partido moderado, habían, con suma habilidad y sigilo, ordenado y dirigido aquel movimiento, y del seno de aquel partido salía el Gabinete del Sr. Herrera, per-

fectamente recibido, ante todo por la intachable probidad de sus miembros.

D. Luis G. Cuevas, Ministro de Relaciones; de Justicia, Lic. D. Mariano Riva Palacio; de Hacienda, D. Pedro Echeverría; Guerra, D. Pedro García Conde.

A los Sres. Cuevas y Riva Palacio ya los conocemos.

Echeverría era el hombre austero y retraído, callado siempre y enemigo de charla y bromitas, quijote en el cumplimiento de su palabra y caritativo en alto grado, negando con enojo los beneficios que hacía. Sus grandes y espesas cejas, velaban casi sus ojos azules llenos de bondad.

Tendría D. Pedro García Conde cincuenta ó cincuenta y dos años cuando entró en el Ministerio de la Guerra. Ya era ventajosamente conocido como ingeniero y hombre de ciencia, y como Director del Colegio Militar que puso bajo un pie excelente y produjo bajo su cuidado sazonados frutos.

Era un hombre el Sr. D. Pedro, moreno, alto y pálido, de nariz acaballetada y ojos verdes. Su voz tenía el dejo de la gente de su tierra, Arizpe, de donde salió muy niño.

En su trato interno era dulcísimo, y se ocupaba constantemente en mapas y planos que fueron muy útiles y estimados.

Santa-Anna no le perdonó jamás su participación en el 6 de Diciembre y le perseguía tenaz y enconosamente.

Murió en 1851, y hubo la particularidad que después